

# TORCUATO TASSO Y LAS ISLAS AFORTUNADAS

POR

**ALEJANDRO CIORANESCU**

Profesor de la Universidad de La Laguna.

El episodio del viaje a las islas Afortunadas es uno de los más conocidos de la *Jerusalén libertada*; y el célebre jardín de Armida constituye una de sus imágenes más populares y más extensamente divulgadas, debido tanto a la exuberancia barroca y al magnífico poder inventivo de la descripción, como a sus muchas imitaciones poéticas y plásticas. Se trata, pues, de cosas generalmente conocidas o, si no, fáciles de estudiar en su texto. No por esto dejaremos de recordar aquí los principales elementos que componen aquel episodio, para hacer más fácilmente comprensibles los detalles de nuestro análisis.

El joven Reinaldo, guerrero predestinado, sin el cual no puede llevarse a cabo la empresa de los cruzados de libertar el Santo Sepulcro, se ha ausentado del campo cristiano. La hermosa maga pagana Armida, quien fué un tiempo su mayor enemiga y ahora está enamorada de él, lo ha llevado consigo, lejos del ruido de la batalla, menos para apartarlo de su deber que para gozar con él una perfecta e inconsciente felicidad, en el rincón más ignorado de la tierra, en una de las islas Afortunadas. Allí, la maga puede creer que nadie vendrá a arrebatarse al nuevo Aquiles de sus brazos y del poder de sus encantos: las olas del inmenso

Océano, que nadie había desafiado impunemente, son la barrera más segura entre su loca pasión y el mundo que, obedeciendo a un decreto divino, necesita la presencia de Reinaldo. A la distancia se añaden, además, el olvido del pasado que crece y se alimenta de las voluptuosidades presentes que entorpecen el alma del héroe, quien ya no piensa en la guerra; y la prisión dorada y celosamente guardada por los servidores encantados de Armida.

Pero el poder de la hermosa encantadora trata en vano de oponerse a la decisión del destino. Reinaldo debe volver al campo cristiano y darle la victoria tan largamente ansiada. Para llamarlo a la realidad de su misión, el jefe cristiano le envía dos mensajeros, Carlos y Úbaldo. Pero ¿cómo llegarán éstos a aquellos parajes desconocidos y nunca vistos,

nell'oceano immenso, ove alcun legno  
rado, o non mai, va dalle nostre sponde? (XIV, 69).

Para llegar allí se precisan medios idénticos a los que había empleado Armida, es decir, que se necesitan auxilios sobrenaturales. Un viejo sabio, medio mágico y medio eremita, que fácilmente se deja identificar con el célebre Viejo de la Montaña, tan conocido durante el Medievo, explica a los dos mensajeros cómo pueden cumplir su misión; y, seguidamente, embarcan ambos guerreros en una rápida nave que guía la Fortuna, hasta conducirlos a buen puerto, en la isla donde Armida oculta celosamente, como un frágil tesoro, su peligrosa felicidad.

Así es como se introduce en el poema del Tasso la descripción de las islas Afortunadas. Pero, ¿de dónde le vino al poeta la idea de enviar a sus dos enamorados a tan alejado país? Evidentemente, la necesidad de buscar más allá del mundo conocido (se trata, claro está, del mundo conocido en la época de la primera cruzada y de la acción del poema) un lugar apartado, resulta de la misma intención del autor, de sugerir la idea de un alejamiento extraordinario, que rebase las posibilidades humanas. Pero, al mismo tiempo, el Tasso tenía a la vista una

guía, cuando pensaba en aquellas islas; y sus héroes siguen el mismo camino que, siglos antes, les había trazado Dante.

En efecto, el viaje a través del Mediterráneo, que ocupa una gran parte del canto XV de la *Jerusalén*, presenta cierto parecido con la última peregrinación de Ulises, en el canto XXVII del *Infierno*. Al igual que los dos compañeros de Reinaldo, el astuto griego, en compañía de Diomedes, se había aventurado más allá de las Columnas de Hércules, en una atrevida expedición hacia lo desconocido. No es ocasión aquí de insistir sobre los detalles del episodio dantesco, que ha sido analizado en otro lugar<sup>1</sup>. Sólo diremos ahora que el viaje que Dante supone hecho por Ulises en dirección a las islas Afortunadas no corresponde a ninguna tradición clásica, siendo muy probablemente ficción original del poeta italiano. Este transforma, además, la intención de Ulises como en un combate prometeico del hombre contra el destino y contra las tinieblas de la ignorancia, en un ejemplar sacrificio del individuo, en pro de la ciencia y del progreso humano. Sacrificio, porque el intento de Ulises está condenado de antemano por el destino, y el intrépido navegante halla la muerte, con todos sus compañeros, en medio de una repentina tormenta, cuando precisamente habían llegado a vista de las islas Afortunadas y de la nueva Tierra de Promisión.

De este episodio sacó Torcuato Tasso la sugerencia del suyo. Ello es cierto, no sólo por la identidad del cuadro, sino también porque el mismo poeta alude a la fuente que acabamos de indicar. En efecto, al pasar más allá del Estrecho de Gibraltar y al penetrar en el Océano desconocido, los dos compañeros preguntan a su guía, la Fortuna, si otros mortales conocieron aquellas islas antes que ellos. La contestación es negativa. El mismo Hércules, después de haber exterminado los monstruos del de-

---

<sup>1</sup> Cf. Al. Cioranescu: *Dante y las Canarias*, en *Estudios de literatura española y comparada*, La Laguna, 1954, págs. 9-26. Al escribir aquellas páginas no conocía todavía el libro recientemente publicado por W. B. Stanford: *The Ulysses theme, a study in the adaptability of a traditional hero*, Oxford, 1954.

sierto líbico, no se atrevió a surcar más allá las olas del Océano, y puso las dos columnas como solio del mundo conocido, como para señalar que sólo hasta allí se podían extender las pretensiones del espíritu y de la intrepidez humana. Sin embargo, Ulises, siempre deseoso de ver y de saber cosas nuevas, despreció su consejo:

Ma quei segni sprezzò, ch'egli prescrisse,  
di veder vago e di sapere Ulisse (XV, 25).

Ulises fué el primero de los mortales que se aventuró más allá de las Columnas de Hércules y confió su nave al mar abierto; es decir, que abandonó el simple cabotaje y se lanzó por primera vez en alta mar. Pero fracasó en su pretensión, pues pereció en medio de las olas; y con él quedó también sepultado todo cuanto había podido ver y aprender durante aquella arriesgada expedición:

Ei passò le Colonne e per l'aperto  
mare spiegò de'remi il volo audace;  
ma non giovogli esser nell'onde esperto,  
perchè inghiottillo l'oceano vorace;  
e giacque col suo corpo anco coperto  
il suo gran caso, ch'or tra voi si tace (XV, 26).

Así, pues, el Tasso está de acuerdo con Dante en lo que concierne a la tradición del viaje de Ulises a las Afortunadas y de su fin desastrado, antes de llegar a realizar su intento. Pero, como acabamos de ver, esta tradición es propia de Dante y no corresponde a nada de cuanto decían los escritores antiguos sobre el fin de Ulises; de manera que es evidente que la única fuente posible del Tasso, como, además, se ha indicado más de una vez, está en el mismo texto de Dante.

A su gran precursor le debe el Tasso algo más que la simple sugerencia del viaje a las Afortunadas y que la mención del nombre de Ulises. Le debe también la lección de alta moral que se desprende del citado episodio del *Infierno*, y de la cual resulta que la verdadera sabiduría no consiste en querer saberlo todo y

a cualquier precio, sino en el necesario equilibrio y conformidad de la ciencia con los ideales de la religión y de la moral. Ulises fué una noble víctima de su afán de saber, sin duda; pero una víctima que llevaba en sí su culpa y su castigo, pues su inoportuna curiosidad no quiso tener en cuenta los decretos del destino y los límites que éste había señalado a las curiosidades y a las inquietudes del espíritu. El episodio de Dante es así una verdadera lección de sabiduría y, más que de sabiduría, de humanismo, pues nos enseña a mantener el justo equilibrio entre las necesidades de la ciencia y los imperativos de la fe.

Aquella lección no fué baldía, desde el punto de vista del Tasso. En efecto, la misma curiosidad intempestiva impele a Carlos, apenas llegados los tres a vista de las islas Afortunadas, a preguntar a su compañera si puede ir a visitar las islas y a conocer los hombres de aquellas regiones, su modo de vida y sus creencias:

*lasciami omai por nella terra il piede  
e veder questi inosciuti lidi,  
veder le genti e il culto di lor fede  
e tutto quello ond'uom saggio m'invidi,  
quando mi gioverà narrare altrui  
le novità vedute, e dire: —Io fui! (XV, 38).*

El deseo de Carlos es la misma curiosidad culpable de Ulises y de todos los hombres en general. ¿Por qué quiere ver aquellas "orillas desconocidas"? Simplemente para ver. Para instruirse, sin duda; pero instrucción que al poeta-moralista le parece fuera de lugar, tanto porque el deseo de instrucción hará olvidar la otra misión, más importante, que justifica la presencia del personaje, como porque, según resulta de la misma confesión de Carlos, la instrucción es fuente de orgullo y de presunción: como él, quien sabe tiene siempre la tendencia de dejarse envidiar y de establecer, con la misma culpable satisfacción, aquella orgullosa frontera del: —Yo sé. Sea como fuere, lo cierto es que su compañera no le concede su pretensión, sino que, al contrario,

lo llama al orden con cierta severidad, recordándole que lo que a sus ojos se muestra en aquella ocasión es un misterio que no tienen el derecho de penetrar ni de revelar a otros, más tarde. Ellos están allí para obedecer a una orden divina, y en su cometido disponen de medios sobrenaturales, de manera que pueden llegar a conocer más de cuanto normalmente se permite saber. Pero no por ello deben de olvidar que su misión es diferente:

A voi per grazia e sovra l'arte e l'uso  
de'naviganti, ir per quest'acque è dato  
e scender là dov'è il guerrier rinchiuso  
e ridurlo dal mondo all'altro lato.  
Tanto vi basti; e l'aspirar più suso  
suberbir fora, e calcitrar col fato (XV, 40).

¿Quiere decir esto que las tinieblas de la ignorancia son preferibles al saber? No es ésta la intención del poeta; lo único que quiere subrayar es que la ciencia no es y no debe ser rebelión. Cuando el cielo decida que el hombre debe saber y aprender, entonces es cuando la curiosidad es lícita y la ciencia una necesidad. Las Columnas de Hércules no son el límite definitivo del mundo conocido; y bien lo sabe el poeta, quien canta aquí mismo el entusiasta elogio de Cristóbal Colón, cuya tranquila seguridad no pudieron quebrantar

nè'l minaccevol fremito del venta,  
nè l'inospito mal, nè'l dubbio clima,  
nè s'altro di periglio o di spavento  
più grave e formidabile or si stima (XV, 31).

Pero Colón será el hombre de otros tiempos, y su alta hazaña obedecerá a un decreto divino: su descubrimiento no será efecto del orgullo humano, sino de la voluntad de Dios.

De este modo, es evidente que el Tasso siguió con escrupulosa fidelidad las indicaciones temáticas del episodio dantesco que acabamos de señalar. Debido a aquella sugerencia, trasladó a sus

dos enamorados, y, detrás de ellos, a sus dos mensajeros, a las desconocidas islas del Atlántico. Tiempo es ya, después de esta introducción, de examinar qué es lo que sabe el poeta de aquellas islas, y, en cuanto sea posible, de dónde lo sabe.

\* \* \*

Las islas del Atlántico a que nos conduce el poeta se llaman las islas de la Fortuna (XIV, 70; XV, 37) o las islas Felices (*isole Felici*, XV, 35); ambos, nombres que derivan de una larga tradición clásica, representada desde Homero por una infinidad de escritores. El mismo Tasso indica, además, que aquellos nombres vienen de la Antigüedad:

Ed eran queste l'isole Felici:  
 così le nominò la prisca etate,  
 a cui tanto stimava i cieli amici,  
 che credea voluntarie e non arate  
 qui partorir le terre, e'n più graditi  
 frutti non culte germogliar le viti (XV, 35).

La misma fertilidad y abundancia de la vegetación que se supone a las islas, viene también de las fuentes literarias de la Antigüedad<sup>2</sup>. Más precisamente, parece derivar del texto de Pomponio Mela: "Fortūnatae insulae abundant sua sponte genitis, et subinde aliis insuper aliis innascentibus nihil sollicitos alunt, beatius quam aliae urbes excultae"<sup>3</sup>. De allí, de la risueña pintura que toda la poesía antigua hacía de los soñados Campos Elíseos nunca vistos, del "beata arva" de Horacio, vienen también los versos tan conocidos de la octava siguiente, que hizo po-

<sup>2</sup> Cf. las fuentes antiguas que menciona Viera y Clavijo: *Historia de Canarias*, I, 6; edición de Santa Cruz de Tenerife, 1950, vol. I, págs. 25-29.

<sup>3</sup> Pomponio Mela: *De situ orbis*, III, 11. Utilizamos la edición de Leyden, 1646, pág. 140.

pular, por lo menos en Canaria, la traducción del canónigo Cairasco, y que nos permitimos insertar a continuación:

Siempre afirmaba florecer la oliva,  
destilar de las peñas miel sabrosa,  
y, con murmurio blando, el agua viva  
bajar del alto monte presurosa,  
templar el aire la calor estiva,  
de suerte que a ninguno sea enojosa,  
y, en fin, por su templanza, lauros, palmas,  
ser los Campos Elíseos de las almas<sup>4</sup>.

Parece, pues, que estamos en plena mitología. La imagen que de las islas Afortunadas proporciona el poema del Tasso se refiere menos a las realidades geográficas y más a las eternas ficciones de la poesía. Sus islas son tan poco reales como los bosques de su *Aminta*, poblados por zagales permanentemente enamorados, por ninfas y por sátiros. El carácter fantástico de aquel paisaje se evidencia todavía más en la descripción de los célebres jardines de Armida, cuya imposible fertilidad y amenidad rebasa las posibilidades no sólo de la naturaleza, sino también de la imaginación más desenfadada y más caprichosa. Sería inútil extendernos aquí en reproducir o comentar estrofas tan clásicas

<sup>4</sup> Pertenece a la traducción de la *Jerusalén libertada*, por Bartolomé Cairasco de Figueroa; traducción que todavía permanece inédita, pero de la cual estamos preparando una edición para "El Gabinete Literario", de Las Palmas de Gran Canaria. Dicha estrofa ha dado lugar a graciosas equivocaciones. La reprodujo primero Abreu Galindo: *Historia de la conquista de las siete islas de Gran Canaria*, I, 3; edición de Santa Cruz de Tenerife, 1848, pág. 10; pero afirmó que era traducción de Horacio; y, por parecerle buena traducción, añadió que la consideraba, no sabemos si a ella o a su autor, "digno de ser puesto en el arco de la fama". De Abreu Galindo, que no del manuscrito inédito de Cairasco, reprodujo también aquellos versos Viera y Clavijo. Su cultura clásica le ayudó a reconocer que no eran versos de Horacio, pero no a averiguar de quién eran; y cayó en otro error, cuando escribió que "nuestro don Bartolomé Cairasco supo, en el *Arco de la Fama*, combinar la fábula con la verdad" (Viera y Clavijo: *Historia de Canarias*, I, 7; vol. I, pág. 33), como si el *Arco de la Fama* fuese una obra del canónigo canario.

y tan universalmente conocidas como las que describen la exuberante vegetación de aquel jardín, en donde el mismo árbol presenta a un tiempo capullos, flores y frutos maduros, o el mirífico cantar de los pájaros, maravillosamente concertado con el murmullo del céfiro entre las ramas de los árboles. Todo ello es pura ficción, y magnífica exasperación barroca de una inspiración siempre obligada a conformarse con las mismas imaginaciones mil veces repetidas (XVI, 9-16).

Sin embargo, ello no quiere decir que el Tasso no tenía de aquellas islas más nociones que las que había podido entresacar de los textos antiguos. El examen de su poema parece indicar, más allá del tema general que canta con una virtuosidad insólita, incluso en su propio poema, algún que otro conocimiento más directo y más cercano a la realidad. Se trata de detalles, claro está; y estos detalles no modifican en nada la imagen artificial y convencional que resulta en conjunto de su descripción de las Afortunadas; pero, así y todo, no deja de tener interés el comprobar la existencia, en la misma imaginación del poeta, de un choque entre la realidad y la fantasía. Este choque es casi insensible, y es fácil ignorarlo, si el lector no pretende penetrar en el laboratorio secreto del poeta y sorprender el proceso de elaboración de su poema. Esta también podría interpretarse como una curiosidad culpable, parecida a la de Carlos y de Ulises; y lo más probable es que esté destinada a fracasar.

El caso del Tasso, sin embargo, parece autorizar tales indagaciones. Se trata, en efecto, de un poeta que no se propone por objeto el entretenimiento, así como el Ariosto, cuyo nombre surge inevitablemente al hablar de su poema. El Tasso pretende instruir, y su instrucción se funda en la verdad. Entonces, ¿podemos o debemos creer que así eran en la realidad las islas Afortunadas? El poeta, que por ser poeta no puede eludir la ficción, pero que tampoco quiere engañar a su lector, llama desde el principio la atención sobre la credibilidad de lo que sobre aquellas islas se prepara a referir. Léase otra vez aquella estrofa sobre las islas Felices (XV, 35): es evidente que el nombre tradicional,

conservado por el poeta, no corresponde a una realidad inmediata, sino a una opinión antigua y no comprobada. Así llamaban los antiguos aquellas islas, porque las consideraban verdaderamente felices; pero esto no significa que el poeta opine de igual modo, como tampoco está convencido de la realidad de las cosechas que crecen sin arar ni sembrar. Viejas creencias, viejas opiniones, que el poeta aduce, para apoyar en ellas el vuelo de su fantasía; pero, al mismo tiempo, su escrupuloso criterio de veracidad le obliga a señalar que aquellas ideas no son suyas, y que, en resumidas cuentas, no asume la responsabilidad de cuanto allí se viene afirmando.

En realidad, estamos lejos del "beata arva". Para Horacio, como para todos los antiguos, los Campos Elíseos, o las islas Afortunadas con que normalmente se confundían, eran una parte integrante de la realidad y del mundo. Parte poco conocida y generalmente reputada por inaccesible, es cierto, pero tanto más deseable y más atractiva en su terrible alejamiento. Los poetas soñaban con las islas Afortunadas como con una felicidad segura, pero no dada a ellos; un poco así como también sabemos que efectivamente la lotería representa una esperanza segura en sí, puesto que seguramente surtirá un resultado positivo, pero una esperanza casi nula para nosotros, pues son ínfimas las posibilidades de que aquel resultado nos toque. No así el Tasso, quien sabe que aquel mundo feliz no existe y que sería vano buscarlo en el mapa. Es natural que sueñe con él, pues la poesía no es más que sueño; pero, por decirlo así, sueña como con un sueño; es decir, que tiene la perfecta conciencia de que está pensando en lo imposible y forjando ficciones sin consistencia o base real. En la ausencia de las islas de la Dicha, la infelicidad del Tasso, y con él la del hombre moderno en general, es mucho más honda que la de los antiguos. Para los poetas antiguos, las islas Afortunadas eran la nostalgia de la felicidad perdida; era la proyección en el espacio de lo que, en la dimensión del tiempo, había sido la Edad de Oro. Para el Tasso, soñar con las Afortunadas era agarrarse conscientemente a una ficción. Su felici-

dad no es solamente perdida, sino muerta; y en su total e irremediable ausencia, ya no se trata de engañarse con la esperanza, sino, por lo menos, con el recuerdo.

En este *distingo*, que establece mentalmente, entre lo que pretendían los antiguos y lo que debe de ser en la realidad, no cabe duda que también hay precedentes que se pueden señalar. El más antiguo es, sin duda, el de Caio Julio Solino, quien ya hacía constar, al hablar de las Afortunadas, que el nombre conviene mal a la realidad: "infra famam vocabuli res est"<sup>5</sup>. Lo mismo aseveraba Petrarca<sup>6</sup>, cuyo texto seguramente debió conocer el poeta. Sin embargo, no necesitaba el Tasso apoyo en autoridades ajenas para denunciar aquella leyenda que al mismo tiempo iba alimentando; sino que era casi un deber advertir que la existencia de aquel paraíso terrestre no era más que una leyenda y un producto de la imaginación.

Entonces, si la realidad no es tal como asegura la fama y como había pretendido la Antigüedad, si las islas Afortunadas no gozan de aquella maravillosa espontaneidad del suelo y de aquellas felicísimas condiciones, ¿cómo se explica la exuberancia de los jardines de Armida y del inmejorable paisaje que parecen representar? Todo ello es mero efecto del encanto; la vara de Armida ha hecho surgir de la nada aquel bosque y aquellos prados floridos, aquel ameno río que después se transforma en lago, aquel imponente palacio y aquella orquesta de pájaros cantores. Todo aquello constituye como una especie de paréntesis en medio del paisaje de las Afortunadas; y además, paréntesis que, por cierto, parece bastante discordante con el paisaje en su alrededor.

En efecto, el jardín y el palacio de Armida ocupan la parte alta de una montaña y forman un evidente y sorprendente contraste con el aspecto tétrico y helado de las pendientes:

---

<sup>5</sup> Caio Julio Solino: *Polyhistor*, Leyden, 1636, pág. 444.

<sup>6</sup> Petrarca: *De vita solitaria*, VI, 3; citado y comentado por Viera y Clavijo: *Historia de Canarias*, I, 7; vol. I, pág. 32.

Veggion che per dirupi e fra ruine  
 s'ascende alla sua cima alta e superba  
 e ch'è fin là di nevi e di pruine  
 sparsa ogni strada; ivi ha poi fiori ed herba.  
 Presso al canuto mento il verde crine  
 frondeggia, e il ghiaccio fede ai gigli serba  
 ed alle rose tenere: cotanto  
 puote sovra natura arte d'incanto (XV, 46).

La nieve reina en la parte baja de la montaña, es decir allí donde no quiso intervenir la encantadora. Sólo a partir del punto determinado por sus hechizos nos encontramos con

un bel tepido ciel di dolce state (XV, 53),

con un agradable céfiro cargado de mil perfumes y con la eterna primavera creada por el encanto.

Así, pues, hay dos Afortunadas en el poema del Tasso: una, la que surgió de la vara mágica, y que caracteriza su cielo templado y siempre benigno, la hermosura y la extraordinaria riqueza de su vegetación, y otra, que sólo se adivina por debajo de aquel manto ficticio, y que tiene aspectos desolados y desérticos, y se parece más a un paisaje polar que a los parajes que se suponen para las islas. Cabe repetir que, según la interpretación que sugiere el poeta, el primer aspecto es totalmente ficticio, mientras que el segundo corresponde a la realidad.

Este resultado no dejará de parecer curioso. Es evidente que la ficción conviene a la realidad, si no totalmente, de todas formas, mejor que lo que se supone verídico. Y, desde luego, no hacía falta advertir que la ficción miente, para después hacer mentir a la realidad. Pero es que sería equivocación intervenir en el examen del poema con conceptos simplemente geográficos o históricos. En la *Jerusalén libertada*, como en cualquier otro poema, las realidades deben de entenderse a la medida de la poesía, y de ningún modo correspondientes a la medida material, sea cual fuese. Para el Tasso, así como para los poetas barrocos en general, la única realidad poética es el contraste; y, supuesto que

la imagen tradicional e idílica de las Afortunadas es simple ficción, no cabe sustituirla sino por su contrario más absoluto: si las islas no son los jardines amenos de Armida, que son imaginación y nada más, entonces deben de ser un desierto de piedra y de nieve. Este violento contraste no necesita apoyarse en la geografía, pues está suficientemente apoyado en las leyes naturales de la poesía barroca, que hace surgir cualquier noción de su contrario o, por lo menos, de su asociación con otra noción lo más posiblemente remota. Su primer resultado, y el que más debió de interesar al poeta, es de sugerir la idea de una frontera definitiva e impenetrable entre la eterna primavera y el desierto nevado, entre el encanto y la tétrica realidad. Queda evidente, sin embargo, que si el poeta denuncia escrupulosamente la mentira, es solamente para conducirnos a otros engaños: tan cierto es que, a pesar de lo que diga y crea, necesita engañarnos para ser poeta.

Y ¿no es posible que la triste imagen de las Afortunadas "reales" sea, más bien que producto de una necesidad estilística, el resultado de la ignorancia del poeta? Hipótesis atrevida, tanto más que, si la admitimos, tendríamos que admitir también que, al ignorar la realidad de las Afortunadas, el poeta se habría atendido normalmente a la tradición clásica, que es cierto que no ignoraba. Por otra parte, no tenemos el derecho de dudar que tenía nociones bastante precisas sobre las islas de que hablaba y que no hay dificultad ninguna en identificar con las Canarias.

En efecto, la navegación de los dos mensajeros que guía la Fortuna sigue el mismo rumbo que había seguido Ulises. Su nave va en dirección del Oeste, con una ligera desviación hacia el Sur,

corre al ponente e piega al mezzogiorno (XV, 33);

y lo que ven antes que todo es una alta montaña que se puede divisar desde lejos. El perfil característico de aquella altura

alle acute piramidi sembiente,  
sottile inver la cima, e in mezzo grosso (XV, 34),

y el humo que despiden su cima indican con toda claridad que se trata del Teide.

En general, el poema del Tasso evita las descripciones, que convienen mal a los ideales del arte barroco. Sin embargo, las Afortunadas merecen los honores de una excepción en su favor, puesto que el poeta les dedica toda una octava; y así es como podemos averiguar cuáles fueron los conocimientos estrictamente materiales del poeta, en relación con las islas. Sabemos por esta octava que las islas se presentan escalonadas en dirección del Oriente, a distancia más o menos igual una de otra; que hay siete de ellas habitadas; y que tres son desiertas, solamente habitadas por fieras:

ch'all'oriente  
tutte con ordin lungo eran dirette,  
e che largo è fra lor quasi egualmente  
quello spazio di mar che si frammette.  
Ponsi veder d'abitatrice gente  
case e culture ed altri segni in sette;  
tre deserte ne sono, e v'han le belve  
sicurissima tana in monti e in selve (XV, 41).

Así, pues, según Tasso, hay diez islas Canarias. Esta idea no le puede venir en ningún caso de sus lecturas clásicas, pues ninguna fuente antigua sabe indicar más de seis islas Afortunadas. Comúnmente afirmamos hoy que las islas son siete; pero si se ha aceptado este número es por la razón que el mismo Tasso indica, y es que los tres islotes de Graciosa, Alegranza y Lobos no están habitados (o, por lo menos, no lo estuvieron tradicionalmente), y por esto no entran en cuenta. Pero esto significa que el Tasso no sólo conoció la existencia de las siete islas mayores, sino también que supo que había tres islotes; y en uno de estos últimos colocó el jardín y el palacio de Armida. No iremos hasta afirmar, con Torriani, que aquel jardín estuvo en una altura de la Graciosa, pues es poco probable que el Tasso

haya pensado en una precisa colocación; siendo más bien empeño del ingeniero italiano, gran aficionado del Tasso, el buscar una posible correspondencia del suelo canario con la fantástica descripción del poema. Por otra parte, la última afirmación del poeta, de que los tres islotes sólo están habitados por fieras, evidentemente no debe entenderse a la letra. Por el contrario, los autores canarios siempre han llamado la atención, con visible complacencia, sobre la total ausencia de las fieras en sus islas; y ello es tan cierto, que el célebre Cairasco, posiblemente indignado por aquella inesperada aparición de los animales salvajes en sus islas queridas, consideró su deber exterminarlos, con modificar los últimos versos de la octava italiana. Pensamos, por nuestra parte, que la afirmación del poeta se debe entender menos como referente a verdaderas fieras, como a animales salvajes en general; y, en este caso, será, sobre todo, alusión a los numerosos lobos marinos que, según todas las fuentes antiguas, abundaban en los parajes de la isla que tomó su nombre de aquellos extraños moradores de sus playas.

De todas formas, conviene destacar que, en lo que se refiere a estos detalles materiales, debemos suponer que el Tasso los recogió de alguna fuente moderna, pues no constan en los textos antiguos que hablan de las Afortunadas. Cuál sea aquella fuente, es difícil, al mismo tiempo que inútil, tratar de averiguarlo; tanto más que cabe muy bien pensar en unas indicaciones orales, puesto que en la época en que vivió el poeta muchísimos italianos ya habían visto por sí mismos las islas y hubieran podido hablarle de ellas.

Una última referencia a las Afortunadas, y no la menos curiosa de todas, es la que se refiere a su fuente encantada. En su afán de conjurar toda clase de peligros que hubieran podido privarla de la presencia de su enamorado, Armida había multiplicado las defensas de su morada. Además de un dragón y de un león que guardan su entrada, hay allí una fuente que, con su agradable murmurio, parece invitar al viajero, pero que encierra

en sí un peligro mortal, pues apenas tocadas sus aguas le hace estallar de risa, hasta producirle la muerte:

Un fonte sorge in lei, che vaghe e monde  
 ha l'acque sì, che i riguardanti asseta,  
 ma dentro ai freddi suoi cristalli asconde  
 di toscó estran malvagità secreta,  
 chè un picciol sorso di sue lucide onde  
 inebria l'alma tosto e la fa lieta,  
 indi a rider uom muove; e tanto il riso  
 s'avanza alfin, ch'ei ne rimane ucciso (XIV, 74).

Extraña fuente, por cierto, contra cuyo peligro el Viejo de la Montaña pone en guardia a los dos mensajeros, y cuya tentación no deja de producirse, apenas llegados a su presencia (XV, 55-57). Como el dragón y el león, debería de ser un producto de los maleficios de Armida; pero es cierto que le fué sugerida al poeta, una vez más, por sus lecturas clásicas, pues Pomponio Mela hace mención de la existencia en Canarias, no sólo de una fuente que hacía reír, sino también de otra que proporcionaba el remedio adecuado para suprimir los efectos de la primera: "Una singularis duorum fontium ingenio maxime insignis: alterum qui gustavere, risu solvuntur in mortem; ita affectis remedium est ex altero bibere"<sup>7</sup>.

Es curioso que tan fantástica noticia se encuentre en un libro con pretensiones de erudición; pero el caso no es raro en las fuentes antiguas. Dejemos a los historiadores discutir la posible interpretación de este pasaje<sup>8</sup>; para nosotros, lo cierto es que sirvió de punto de partida al Tasso. Se comprende fácilmente que aquel contraste típicamente barroco haya llamado su atención: la muerte que sigue a la risa es un efecto extraño, que debió de contentar la imaginación barroca, siempre en busca de contra-

<sup>7</sup> Pomponio Mela: *De situ orbis*, III, 11.

<sup>8</sup> Pérez del Cristo: *Excelencias y antigüedades de las siete islas de Canaria*, Jerez, 1679, pág. 32, considera que se trata de alguna fuente de agua mineral; Viera y Clavijo: *Historia de Canarias*, I, 26; vol. I, pág. 79, rebate esta opinión y piensa en una confusión con el jugo de euforbio.

dicciones y de sorpresas. Prueba que es así el hecho de que el mismo Tasso vuelve, más adelante, en la descripción del último combate que termina con la destrucción de las huestes paganas y la definitiva posesión de Jerusalén, a presentarnos el extraño caso de Ardonio, mortalmente herido por Altamoro: el golpe había llegado hasta "allí donde nace la risa", de manera que el personaje expiró en medio de unas macabras convulsiones de risa:

Trafitto è l'altro insin là dove il riso  
ha suo principio, e il cor dilata e spande,  
tal che (strano spettacolo ed horrendo!)  
ridea sforzato, e si moria ridendo (XX, 39).

La fuente que hace morir de risa, a pesar de la respetable antigüedad de quien la mencionó por primera vez, parece ser una graciosa invención poética, que forma pareja con la no menos célebre fuente del bosque de Ardena, en el poema de Ariosto, cuyo efecto inmediato era hacer olvidar cualquier pasión<sup>9</sup>. Junto a ésta, vino a ser uno de los temas preferidos por la pastoral de fines de siglo y de principios del siglo XVII. Con la descripción del lujurante jardín de Armida, tan acertadamente imitada después por Spenser en su *Faerie Queene* y popularizada por un conocido soneto de Saint-Amant, es cuanto queda de la imagen nueva que el Tasso impuso a las Afortunadas: imagen tan convencional como la que representaba la tradición, y todavía más alejada de la realidad, puesto que sugiere desengaños que no corresponden a nada; pero imagen que, por su misma exageración, se apodera de la fantasía y la transporta a un mundo de hechizos, sonriente por encantado, y melancólico por imposible.

<sup>9</sup> Ariosto: *Orlando furioso*, I, 78.